



## XXIII.

### PIRATERÍA EN GRAN ESCALA.

1578-1587.

Walter Raleigh.—Primeros quebrantos que tuvo.—Funda la colonia de Virginia.—Hace daños en Terranova.—Jornada de Drake á las Indias.—Saquea á Santo Domingo y Cartagena.—Destruye á San Agustín de la Florida.—Regresa con rico botín.—Ataque de franceses á Cuba.—Argelinos en Canarias.—Circunnavegación de Cavendish.—Aprisa la nao *Santa Ana*, de Filipinas.—Peripecias.—Hónrale la Reina.



EL éxito que alcanzaron las empresas aventureras de Hawkins y de Drake, enaltecidas, honradas y puestas como ejemplares dignos de imitación por la Reina de Inglaterra, tuvieron grandísima influencia en el país, despertando iniciativas hasta entonces inertes. Pareció cosa tan fácil enriquecerse á costa de los españoles, depositarios de los tesoros de las Indias, sin más que salir á la mar en espera de los bajeles cargados de lingotes de oro, que los segundones de familias nobles, los negociantes adeudados y los propietarios cuya renta daba apenas para el pan de cada día, vendieron las fincas ó los créditos para adquirir un barco, fomentando la construcción y los armamentos. No les era difícil alcanzar del Gobierno *carta de marca*, es decir, patente ó autorización para hostilizar, como en estado de guerra, aunque la paz subsistiese, y salir con esta garantía al Canal de la Mancha, al cabo de San Vicente, á las islas Azores, ó á las Indias Occidentales, por etapas.



Promovedor activísimo de la piratería vino á ser un personaje elevado repentinamente á las esferas altas de la prianza por sus modales y figura grata. Walter Raleigh (que así se llamaba) <sup>1</sup>, soldado de fortuna entre los hugonotes de Francia y de Flandes, significado por la crueldad innecesaria con los prisioneros de la expedición pontificia á Irlanda, alcanzó los favores íntimos de la Reina, con los que se dió á la intriga utilitaria.

Escribe uno de sus más cuidadosos biógrafos <sup>2</sup> que, marcando su carácter una mezcla rara de vicios y virtudes, representó su papel en este mundo con nobleza unas veces, sin ella otras, ya magnánimo y generoso, ya rastroero, altivo siempre, valeroso sin superior, osado hasta la locura, y en punto á moralidad poco escrupuloso.

Cínico, añadiré de mi cosecha, y avaricioso como el que más, inclinó á su Soberana á la política ambigua anticatólica que contrariara en lo posible á la del Rey de España, y haciéndose armador empezó por alistar en 1578 siete navíos en compañía de su medio hermano Humphrey Gilbert, coronel que había sido de una banda de ingleses en Flandes y autor de un libro apoyando la existencia del paso ó canal hacia la India por el NO. de América. Alistó su gente, al decir del biógrafo citado, «entre los que andaban escapados del verdugo, blasfemos, rufianes, asesinos, á quienes la piratería ofrecía digna tarea» <sup>3</sup>, sólo que por encuentro en su camino con la escuadra española de la guarda de Indias recibió dura lección, derrotado, con pérdida de una de las mejores naos y muerte del capitán Miles Morgan, costándole no poco trabajo disimular la ocurrencia en Inglaterra y resarcirse de las pérdidas de la jornada <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Más que ningún otro desfiguraron este nombre los españoles que lo transcribían, sin exceptuar los embajadores, altos funcionarios é historiadores. Escrito se ve Rale, Reale, Ralei, Rouley, Gualtero, Raelig, etc.

<sup>2</sup> *Life of sir Walter Raleigh*, by James Augustus St. John, London, 1868. El autor manifiesta no haberse contentado con examinar las muchas biografías anteriores, acudiendo por sí á los archivos, sin olvidar el de Simancas.

<sup>3</sup> St. John, obra citada.

<sup>4</sup> Confirma con St. John, Patrick Fraser Titler, *Life of sir Walter Raleigh*,



La segunda expedición, armada con el beneplácito de su señora, no tuvo mejor suerte: componíanla cinco navíos, *Deligth*, *Raleigh*, *Golden Hind*, *Swallow* y *Squirrel*, el mayor de 200 toneladas, con 260 hombres entre todos. Esta vez llevó el mando Gilbert, quedando el instigador en la corte, y á poco de estar en marcha arribó el *Raleigh* con epidemia á bordo; los otros continuaron hacia Terranova, desembarcando en el Continente. La pobreza de la tierra produjo descontento y motines; decidieron los jefes el regreso, sufriendo temporal, durante el que zozobró la capitana, pereciendo Gilbert con toda la tripulación. Únicamente el *Golden Hind*, barco de 40 toneladas, volvió á las islas Británicas á dar cuenta de tantas desgracias (1583).

Raleigh no se desanimó, sin embargo; consiguió se examinara en el Consejo real Memoria suya proponiendo medios que minaran y destruyeran la preponderancia de España, empezando por arruinar su marina y comercio; y considerando que las pesquerías de Terranova eran para la nación plantel de marineros y heredad de mantenimientos, indicaba se comenzara por entorpecer esta industria, sin perjuicio de llevar el mayor esfuerzo contra las flotas de Indias, para lo que importaba tomar posición en el canal de Bahama <sup>1</sup>.

Siendo el plan muy del gusto de Isabel, se designó á Bernardo Drake, tío de Francisco, para lo de Terranova; al capitán Carleill, para inquietar la costa de Galicia, distribuyendo setenta *cartas de marca* ó autorizaciones de corso á particulares. Raleigh la obtuvo especial á fin de colonizar en la Florida; despachó dos navíos mandados por Philip Amadis y Arthur Barlow; y como éste publicara á la vuelta una relación peregrina del viaje, se hizo popular el favorito, honrado por la Reina con la orden de Caballería.

En realidad no hicieron otra cosa los expedicionarios que

Edinburgh, 1844, *Fourth edition*, y el estudio más moderno de Mr. William Wirt Henry, *Sir Walter Raleigh; the Settlements at Roanoke and voyages to Guiana*, inserto en la *Narrative and critical history of America*. Edited by Justin Winsor. London, 1886, vol. III, cap. IV.

<sup>1</sup> *Calendar of State papers*, 1584.



desembarcar en la isla Wokokon, verificando acto posesorio con ceremonia y dar un vistazo al continente inmediato, novedad de todos modos para ingleses, con la que, y el nombre de *Virginia* puesto á la región, aludiendo á la Reina, prestaron nuevo impulso á las corrientes ultramarinas <sup>1</sup>, y no tardó en alistarse segundo armamento de siete navíos, *Tiger* y *Roebuck*, de 140 toneladas; *Lion*, de 100; *Elisabeth*, de 50, y tres menores, bajo la dirección de Ricardo Grenvill <sup>2</sup>, deudo del armador concesionario.

La jornada emprendió éste en Abril de 1585, conduciendo 800 soldados, una centena de pobladores, ganados, semillas, instrumentos, por el golfo de las Damas, señalando á sus naves, como punto de reunión, la isla de Puerto Rico, y en ella dió carena, adquirió ganado y frutas á cambio de mercancías ó por la fuerza, para lo que desembarcó 400 hombres, corriendo las cercanías de San Germán. Sus embarcaciones menores capturaron á dos españolas de cabotaje que saquearon, sin hacer daño á la gente, siguiendo viaje al cabo de doce días <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Los biógrafos citados ponen la salida de la primera expedición en Abril de 1584, y en este año se anota la posesión de la colonia en el *Calendar of State papers*. Don Gabriel de Cárdenas Cano (R. Barcia), *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida*, anticipa la fecha al año 1583, suponiendo fué Grenvill el que llegó, erigió fuerte, dejó 100 hombres y dió vuelta. En 1584 refiere que fué Raleigh en persona, y éste dió nombre de Virginia á la región por un pueblo de indios que allí había, nombrado *Viginia*. Es de creer que los autores ingleses están mejor informados, por cuanto coinciden sus datos con otros nuestros, oficiales, del segundo viaje. En cuanto al nombre, cuadra bien con el carácter de Raleigh el colmo de adulación que significa.

<sup>2</sup> En los papeles ingleses de la época se le designa por Richard Greyvile; en los nuestros, queriendo tal vez traducir el significado, se le llama *Campoverde*, *Verdecampo*, ó simplemente *Richarte*.

<sup>3</sup> Carta del alcaide de la Habana dando cuenta de ocurrencias, *Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 48.—Carta de Hernando de Altamirano, preso en Mayo de 1585, por la armada de *Verdecampo*. La misma colección, t. xxv, núm. 49. Altamirano refiere que estos navíos enviaba un gran señor de Inglaterra con propósito de poblar en la Trinidad, Dominica ú otra parte no ocupada por españoles. Que *Verdecampo* llevaba menestriles y órgano, diciendo que la música gustaba á los indios; les despojó de cuanto llevaban, pero en cambio les regaló una Biblia en castellano, á fin de que se persuadieran los españoles de la falsedad de su doctrina. Consigna que tenía consigo piloto portugués, lo cual no es novedad; portugueses herejes ó partidarios de D. Antonio, y por ende enemigos de los españoles, iban en todas las expediciones inglesas, siendo autores ó inspiradores de los mayores daños.



Al regreso desde la Florida, como los nuestros decían, apresó en las proximidades de la Bermuda una nao separada de la flota de D. Antonio Osorio, con considerable botín, pues cargaba cueros, jengibre, azúcar, amén de 120.000 ducados en plata y oro. La gente echó en tierra en las Azores, llevándose el barco á Inglaterra <sup>1</sup>.

Próximamente por el mismo tiempo salió Francisco Drake á correr la costa de Galicia y Portugal <sup>2</sup>, y Raleigh hizo en Terranova la sorpresa propuesta, cautivando 600 pescadores españoles, que habian de pagar culpas de que eran inocentes. Destinados á trabajar en las fortificaciones de Portsmouth, se ordenó no se les facilitara por alimento más de tres dineros diarios en correspondencia del mal tratamiento hecho en España á los corsarios ingleses, aplicando á esta atención el importe del bacalao que pescaron <sup>3</sup>, y no fueron estos prisioneros los mas infelices, que otros vendían por esclavos á los argelinos <sup>4</sup>.

Decididamente, desde que la piratería comenzó á emprenderse con escuadras, entrando en la tercera de las fases señaladas, eclipsaron los ingleses á sus predecesores, maestros y vecinos del continente, atenidos á las operaciones de contrabando y pillaje menudo. Únicamente Mr. de Chaste, Gobernador de Dieppe, apoyado por la reina Catalina de Médicis, procuró empresas de aliento; pero no alcanzando los medios á la medida de sus aspiraciones, hubo de contentarse con alguna que otra expedición al Brasil, y cruceros de buques sueltos en las Azores.

Los ingleses, mejor dicho, sir Walter Raleigh, insistía en

<sup>1</sup> Declaración de Enrique López, mercader pasajero en la nao. *Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 53. Fué la aprehensión el 4 de Septiembre de 1585; la nao de Campoverde, dice, era á manera de galeaza con dos andanas de artillería, muy ligera de vela. Venía de la Florida, donde había dejado 300 hombres, y estuvieron para perderse. Campoverde se servía con vajilla de plata, tocaban música cuando comía, y el aspecto era de hombre principal.

<sup>2</sup> Representando el papel de Dragón, según los documentos publicados en el *Calendar*.

<sup>3</sup> *Calendar*, Octubre, 1585. Cartas de D. Bernardino de Mendoza, Embajador en Francia, al Rey. París, Archivo Nacional, K. 1564.

<sup>4</sup> Carta del mismo Embajador, ídem id.



la colonización de Virginia, sufriendo las contrariedades con que han luchado en principio todos los establecimientos americanos. Ralph Lane, Gobernador instalado en la isla de Roanoake, no sólo tuvo que luchar con los indios, amigos de la independencia, sino con el descontento y la insubordinación de su propia gente. Allá volvió Grenvill con tres naves; fueron Thomas Cavendish, Ricardo Butler, Arthur Barlow, con nuevos medios procurados en los cruceros del cabo de San Vicente y de las islas Terceras, donde el mismo Raleigh, que vivía con la magnificencia y esplendor de los señores de la primera nobleza de Europa, igualando los honores á la riqueza de sus tierras, castillos y palacios, despachaba incesantemente naves en busca de botín, gobernándolas servidores celosos suyos, entre ellos Whiddon y Evesham, que fueron los aprehensores de Pedro Sarmiento de Gamboa cuando volvía del Magallanes.

No hay que decir que de vez en cuando experimentaran los ingleses las quiebras que el oficio del corso tiene, más que otro alguno; Cavendish sufrió descalabro atacando á los pescadores de Terranova, que se habían prevenido; D. Miguel de Oquendo, general de la escuadra de Guipúzcoa, el Adelantado de Castilla, Capitán general de las galeras de España, y D. Francisco de Eraso, que lo era de la guarda de Indias, réstaron de la lista de barcos y hombres perjudiciales cifras considerables; y como los temporales soplaban para ellos con la violencia que para otros cualesquier navegantes, solían recibir las sacudidas. Tal ocurrió á un navío sumergido con 300 hombres que iban á Flandes <sup>1</sup>, y á la armada grande que entre Hawkins, Jorge Clifford, conde de Cumberland y Raleigh dispusieron para interceptar las flotas de Indias, armada deshecha en las Azores con pérdida de siete ú ocho naves y el resto mal parado <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Carta de D. Bernardino de Mendoza al Rey. París, Archivo Nacional, K. 1564

<sup>2</sup> «Juan Aquines es vuelto con el armada mal parada del temporal, habiendo perdido siete ú ocho navios, los mejores que el Almirante y *Guate Rates* tenían para robar, y con ellos dos que habían tomado con azúcar. Esto les ha dado mucha pena, porque tenían esperanza, como en esto de apañar tienen ventura, de que



Con todo perjudicaban mucho al comercio y tenían en perpetua alarma á los pueblecillos de la costa, escarmentados con las violencias de los merodeadores <sup>1</sup>. La suerte reservaba las caricias para nuestro conocido *el Draque* al volver al mar de las Antillas, no con miserables barquichuelos, como los que tenía al atacar á las recuas de Panamá en compañía de negros cimarrones, sino á la cabeza de potente escuadra de 23 naves con 2.500 hombres de guerra.

Francis Drake salió del puerto de Plymouth el 15 de Septiembre de 1585, haciendo vela para el de Bayona en Galicia, con la mira de proveerse allí de víveres. Lo mismo que la reina Isabel, sus capitanes eran extremados en la economía, y por mejor que comprar vitualla tenían tomarla á los súbditos de D. Felipe, sacando de Galicia ganado, aves y lo más que podían. Con este propósito se detuvo el Almirante un mes merodeando sin resistencia; los ribereños abandonaron los pueblos, retirándose hacia el interior y dejándole dueño de las casas y de las embarcaciones de pesca <sup>2</sup>. Faltábale la provisión de vino, que pensó hacer en las islas Canarias, empezando por la de Palma; mas los naturales defendieron el desembarco, echando á fondo una lancha y matando seis hombres, y los de la Gomera se presentaron en la misma actitud; por lo que, sin insistir, continuó navegando á las islas de Cabo Verde, menos belicosas. Allí, en la de Santiago, saqueó á su placer, incendió las casas, embarcó la artillería,

hiciera algún gran efecto.» Idem id., K. 1564.—John Barrow, *Memoirs of the naval worthies*, consigna que por resultados de esta expedición quedó arruinado el conde de Cumberland. Fraser Tytler, *Life of sir Walter Raleigh*, se ciñe á expresar que la empresa resultó desgraciada.

<sup>1</sup> *Relación de los daños que se entiende han hecho las armadas de Inglaterra en la costa de Portugal y Galicia este año 1585. Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 50. *Relación de las naos que fueron tomadas por ingleses desde 1.º de Agosto á 12 de Noviembre*. La misma colección y tomo, núms. 51 y 52. Anotan estos documentos presa de 27 naves españolas, francesas, flamencas y venecianas, valoradas en 294.500 ducados. *Relación de lo que los corsarios ingleses hicieron en el reino de Galicia, año 1587*. Biblioteca Nacional, ms. cc. 42, fol. 141.

<sup>2</sup> Cuenta Cabrera de Córdoba, t. III, pág. 176, que Pedro Bermúdez, que tenía el gobierno de la gente de guerra, reunió hasta 5.000 hombres, y hostilizó á los ingleses en Bayona y Vigo; pero el hecho es que ellos lograron lo que se proponían.



llevóse algunos negros y portugueses voluntarios, y refresco con que combatir enfermedades de que se le habían muerto en la travesía 400 hombres.

La inmediata escala hizo en Santo Domingo, donde estaba la gente tan tranquila y confiada, que no tuvo que hacer esfuerzo de hombre de guerra. Treinta jinetes y 50 arcabuceros se mostraron por junto en las afueras de la ciudad, haciendo además de cerrar el camino á los ingleses desembarcados.

Gobernaba el licenciado Cristobal de Ovalle, presidente de la Audiencia, hombre de letras, que no dió crédito á las noticias de aproximación del enemigo, y que escapó en un navío al avistarle, dejando que los gobernados salieran del paso como pudieran. Entraron, pues, los ingleses en la ciudad, la saquearon y pusieron fuego á unas ochenta casas, amenazando no dejar ninguna en pie si los propietarios no las rescataban, regateando desde un millón pedido en un principio, hasta 25.000 pesos, con que se conformaron, independientemente de la plata y joyas de las iglesias y monasterios, que profanaron, incendiando, á pesar de todo, los de San Francisco, Santa Clara y Regina Celi, y matando en el primero á dos religiosos. En el puerto tomaron un navío cargado de cueros, quemaron la galera real y diez ó doce barcos de cabotaje; embarcaron la artillería de la fortaleza y el botín con mucha tranquilidad, y se hicieron á la vela con rumbo á Cartagena.

Allí tenían aviso del peligro cuarenta días antes que amenazara; de manera que pudieron prevenirse llamando á la gente de las poblaciones del interior, levantando trincheras y cavando fosos. Hízose alarde, pareciendo 54 jinetes, 450 arcabuceros, 100 piqueros, 20 negros armados con mosquetes y 400 indios flecheros. Estaban además en el puerto dos galeras que habían ido de España, muy en orden, con 150 arcabuceros, buenos soldados; era, pues, de esperar que Drake no penetrara con la facilidad que en las plazas inapercibidas; sin embargo, desembarcados los ingleses en la noche del 16 de Abril de 1586, bastó la aparición de una avanzada de 20



hombres para que huyeran á todo correr los de las trincheras, abandonando la ciudad sin procurar siquiera la apariencia de una escaramuza defensiva. Lo mismo ocurrió en el puerto, adonde el pánico se había comunicado: los de las galeras las incendiaron, escapando con la demás gente al monte, y de allá vino en persona el Gobernador con el Obispo á fin de negociar el rescate de los edificios, procediendo por el sistema inglés, como en Santo Domingo. El negocio se hizo por 107.000 ducados; mas luego advirtió Drake no entrar en la cuenta la iglesia y el monasterio, por los que exigió 1.000 ducados más, y por complemento regalos, víveres y cuanto pidió, que si más quisiera más le facilitara el complaciente gobernador Pedro Fernández de Bustos.

¿En qué se parecían aquellos españoles á los que militaban en Flandes? ¿Cómo se explica su vergonzoso apocamiento? En parte lo declara la condición de las cabezas que debían regirlos; pero ni aun siendo de todo punto incapaces, como resultaron, ¿se concibe que no hubiera entre tantos hombres quien supliera la deplorable actitud de los gobernantes, ó quien por acción singular atenuara la mala impresión producida por el conjunto <sup>1</sup>?

Drake embarcó, lo mismo que en las escalas anteriores, la artillería de la plaza y la de las galeras; estuvo cincuenta y tres días en el puerto descansando, y habiendo salido á la mar, volvió de arribada por otros diez, sin causar mavorres extorsiones.

El 29 de Mayo apareció en la boca del puerto de la Habana, presentando en línea 16 naves grandes y 14 menores; mas

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba procuró sincerar al general de las galeras D. Pedro Vique Manrique, caballero valenciano, que había servido con buena nota en Perpiñán, Lombardía y Flandes, socorro de Orán, expugnación del Peñón y guerra de Granada. El año 1578 fué nombrado General de la costa de Tierra Firme, para cuya defensa habla de llevar desde España dos galeras y una saetia auxiliar; y habiéndole dejado á discreción el viaje, á remolque de las flotas si lo prefería, lo hizo directamente con la molestia y peligro que se presumen. Escribió en Cartagena relación de descargo, culpando al Gobernador y declarando que dejó las galeras con propósito de defender la plaza porque los vecinos se lo suplicaron, depositando en él la confianza; mas ni en la plaza hizo cosa de provecho, ni en las galeras que abandonó, faltando al deber, se dió á conocer su condición de general.





Los vecinos de la isla de Cuba, que, como se ha visto, libraron su propiedad disponiéndose animosos á defenderla, dieron en este año nueva prueba de entereza apresando en Manzanillo á una fragata de corsarios franceses que molestaba á las estancias de la costa, y escarmentando en Santiago á los que quisieron vengar á sus compatriotas, ahorcados por la justicia en Bayamo, aunque entraron en el puerto con seis navios y desembarcaron 150 hombres; pues si bien consiguieron poner fuego á la iglesia y á parte de las casas, costóles la pérdida de 56 muertos, contado su jefe, y hubieron de alejarse precipitadamente, sin llevar cosa de provecho <sup>1</sup>.

No tan venturosos los de la isla de Lanzarote <sup>2</sup>, sufrieron casi al mismo tiempo (Julio) el ataque de siete galeras y 1.200 argelinos y turcos mandados por Morat ó Amurat, que cautivó 200 personas, entre ellas la mujer é hija del primer marqués D. Agustín Herrera y Rojas.

Volviendo á los ingleses, apenas llegado de las Indias Drake, volvió á la mar Hawkins con 17 naves gruesas, ilusionado con la antigua esperanza de interceptar alguna flota de Indias, que en esperanza quedó todavía, brillando sobre su nombre el de otro capitán hasta entonces descalabrado en la Florida y en Terranova.

Tomás Cavendish <sup>3</sup> era del número de los caballeros que,

La misma *Colección*, t. xxv, núm. 59.—En las cartas de D. Bernardino de Mendoza al Rey, conservadas en el Archivo nacional de París, signatura K., 1564, avisa haber llegado Drake de vuelta con 18 navios bastante averiados, con pérdida de unos mil hombres de los que sacó para la expedición. Traíalos cargados de azúcar y cueros, no pasando de 200.000 ducados el dinero; es decir, el importe de los rescates de Santo Domingo y Cartagena. Los demás objetos de valor procedían del despojo de las iglesias, siendo el principal un crucifijo de Santo Domingo con las imágenes de la Virgen María y San Juan Evangelista, que tenían piedras preciosas. Habían sacado del botín dos buenas partes para la Reina y para Drake; á los caballeros repartieron 100 libras esterlinas, y á los soldados y marineros á 80 reales; porción que les pareció corta y se amotinaron, siendo necesario doblarles la adjudicación para contentarlos.

<sup>1</sup> *Relación que envió el capitán Gómez de Rojas Manrique, Teniente gobernador de Santiago, al gobernador Gabriel de Luján, de lo sucedido con corsarios franceses desde 11 de Abril hasta 29 de Mayo de 1586. Colección Navarrete*, t. xxv, núm. 60.

<sup>2</sup> *Relación del saco de la isla de Lanzarote*, Biblioteca Nacional, cc. 42, fol. 149.

<sup>3</sup> Es uno de los apelativos ingleses que más han tergiversado nuestros escritores; tengo anotadas estas variantes: Candis, Celari Escandi, Celaries Candi, Serary



habiendo disipado la fortuna, quisieron reponerla en la mar: salió de Plymouth el 21 de Julio de 1586 con tres naves y 123 personas; tocó en las islas de Cabo Verde y en Sierra Leona, reconoció la costa del Brasil y contigua hasta el estrecho de Magallanes; fondeó en un puerto, que nombró Deseado; perdió las amarras, y embocando á principios de Enero de 1587 tomó á su bordo al español Tomé Hernández, negándose á recoger á los pocos que aún vivían de los pobladores llevados por Pedro Sarmiento de Gamboa; se aprovechó para leña de la madera de las casas de la ciudad de Don Felipe, yerma y abandonada; desenterró siete piezas de artillería de bronce para llevárselas, y pasando lo que faltaba del estrecho, salió al mar del Sur, sufriendo duros temporales con cerrazón que no consentía divisar la costa. La isla de Santa María, primer punto que reconoció, le suministró provisiones frescas; y no habiendo podido tocar en Valparaiso, adonde se dirigía, fondeó en Puerto Quintero, queriendo engañar á las autoridades valiéndose de la lengua de Hernández; mas éste, disimuladamente, descubrió el intento y huyó hacia los españoles, que atacaron á los advenedizos, matándoles siete hombres y tomando otros nueve prisioneros <sup>1</sup>. Al punto despachó el corregidor de Santiago de Chile avisos por mar y tierra, poniendo en alarma á la costa, donde se repitieron las escenas cómicas representadas cuando se apareció Drake en el Pacífico. Lo mismo que entonces, no había un solo navío armado

Escandy, Escandech, Escander, Cande, Candit, Canderes Tembleque, Candieres de Tembley, Candali.

<sup>1</sup> En una información extractada por D. J. T. Medina, en su *Historia de la Inquisición en Chile*, t. 1, pág. 372, se dice que siendo provisor del obispado Francisco Pastene, con noticia de la aparición de los ingleses en el puerto de Quintero, por haber falta de gente en la ciudad llamó y juntó los clérigos, y con hasta 30 fué en persona, llevando por alférez al canónigo D. Pedro Gutiérrez, todos con sus armas y caballos, á la defensa, y se hallaron en el rebato y reencuentro que con ellos se tuvo..... Los prisioneros fueron conducidos á Santiago, donde, reservando tres para obtener noticias, ahorcaron á los demás, «no con poca dicha suya (escribe un piadoso cronista de la época), porque, dejándose persuadir de la verdad de nuestra fe, se reconciliaron con la Iglesia católica romana, dejando prendas de su predestinación». Los tres reservados figuraron en el auto de Lima de 1592; y habiéndose reconciliado también, sufrieron reclusión en monasterios para instruirse en las cosas de la fe católica.



Alejandro Farnesio, Duque de Parma.





que pudiera oponerse al enemigo, y toda la actividad de las autoridades se empleó en formar compañías, nombrar generales, almirantes y capitanes, levantar parapetos y buscar cañones y arcabuces, que otra vez estaban almacenados y mohosos. En el Perú se dispusieron dos de las naves costeras para llevar aviso á Panamá de hacer armada. En Méjico se acordó aprestar las naos de Acapulco, poniéndolas á las órdenes del oidor Diego García de Palacio, improvisado general de mar, y en tanto avanzaba hacia el Norte el corsario tocando de puerto en puerto y garbeando lo que le dejaban. En Anca, en Pisco, en los fondeaderos contiguos quemaba los buques en construcción y las iglesias; en Paita lo hizo con la población entera por negarse los vecinos á rescatarla, y así en los caseríos ó pueblos sin importancia.

Pareciéndole la isla de la Puna á propósito para reconocer y calafatear los fondos, seguro de no haber nave que pudiera inquietarle, tumbó de lado las suyas, fortificándose en tierra por lo que pudiera suceder, aunque no con mucho cuidado por lo que se advirtió; y así, pasando de noche en balsas de indios, desde el continente, Juan de Galarza con algunos vecinos, atacó al amanecer con ímpetu bastante para matarles 25 hombres, tomar cuatro prisioneros y obligar á reembarcarse y escapar los otros, abandonando la fragua con toda la herramienta, 30 pipas y 20 mosquetes con efectos varios. Los presos declararon que en la mar no habían sido dichosos, habiendo tomado tan sólo barquichuelos cargados de madera ó cosas de comer; con plata, ninguno.

Después del contratiempo no se determinó Cavendish á presentarse ante ninguna de las poblaciones de importancia; quedábale poca gente para arriesgar desembarcos. Únicamente, con objeto de renovar aguada ó viveres, se arrimaba á la tierra, pasando de largo hasta la de Nueva España, donde quemó el pueblo de Guatulco con algún otro de los desamparados. Cifraba el deseo en el encuentro de alguna embarcación rica, que al fin logró, cruzando á la espera sobre el cabo de San Lucas, en California <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La correspondencia de los virreyes del Perú y de Méjico dando cuenta de las



La nao *Santa Ana* había salido de Cavite, en la isla de Luzón, en Julio de 1587, trayendo para Nueva España cargamento de objetos de China y muchos pasajeros, mercaderes en la mayor parte; mandábala el capitán Tomás de Alzola, y no tenía artillería ni armas, no pareciendo necesarias en la navegación, hecha hasta entonces sin sospecha de enemigos. Al recalar sobre el cabo de San Lucas el 14 de Noviembre, avistaron dos velas, á las que se aproximaron sin desconfianza; empero poniéndose la mayor por barlovento, tocando clarines y arbolando banderas hizo descarga de artillería y mosquetería en actitud de abordar. Á instigación del capitán Alzola sacaron en el acto las armas de los pasajeros, reuniendo como docena y media de espadas y rodelas, dos arcabuces y un frasco de pólvora que tenía el Capitán. Los marineros subieron piedras del lastre, y con hierros del pertrecho se aparejaron á la posible defensa, rechazando briosamente el abordaje, en el que saltaron á bordo unos cuarenta ingleses. Cinco de éstos murieron, otros seis quedaron heridos, y el resto se arrojó al agua, á excepción de un oficial que subió por la jarcia, cortando con rabia los cabos de la manobra, hasta que el capitán Alzola le disparó el arcabuz, tumbandolo. La nave inglesa se volvió á arrimar repitiendo las descargas con muerte de 11 españoles y mucho daño en el casco, y abordó segunda vez por la proa, echando gente, que fué rechazada. No volvió á acercarse: sostuvo el fuego de artillería con 29 piezas y dos bombardas pedreras que tenía.

Consultó el Capitán á los pasajeros qué hacer, siendo opinión general que se dieran á partido con la seguridad de las vidas, pues no había otro remedio. Cavendish lo acordó, marinando desde luego la nao y dirigiéndose en su compañía al fondeadero del cabo. Allí transbordó el cargamento á sus barcos, echó á los españoles en tierra, registrándolos escrupulosamente, y cuando hubo concluido la operación incendió á la *Santa Ana*, que se consumió hasta la lumbrera del agua.



Con los pasajeros se mostró inhumano, maltratándolos de palabra y de obra, y á D. Juan de Armendáriz, canónigo de Manila, ahorcó, acusándole de descomedido; sólo trató con alguna consideración á cuatro mujeres pasajeras, regalándolas por despedida un tejo de oro que valdria 500 pesos. Retuvo á uno de los pilotos para conocer la derrota de Occidente, é hizo vela llevándose sobre 700.000 pesos en metal, y valor de millón y medio en brocados y otras sedas ricas.

Los desdichados tripulantes del *Santa Ana* se atrincheraron en defensa de los salvajes del país; y como la necesidad aguza al entendimiento, con el trabajo que es de considerar lograron, á favor de las mareas, sacar á la playa lo que quedaba de la nao, que era la quilla con el arranque de las cuadernas; aderezaron falca, timón y velas, y con aquella especie de chata se hicieron á la mar, huyendo de los indios, con la buena suerte de llegar en doce días al puerto de Santiago, en la provincia de Colima, y de allí al de Acapulco, donde entraron el 7 de Diciembre del mismo año <sup>1</sup>.

Cavendish continuó el viaje á las islas de los Ladrones y Filipinas, que alcanzó con su nave sola; la que le acompañaba desapareció en la mar con parte de lo robado, sin que nada haya vuelto á saberse de ella. Aquél, habiendo reconocido el cabo del Espiritu Santo, ahorcó al piloto español de que se había servido, pretextando que pensaba hacerle traición. En la isla de Panay trató de incendiar un galeón que se construía en el astillero, impidiéndoselo el capitán Manuel Lorenzo de Lemos con escaramuza, en que le mató siete hombres; apartóse entonces con rumbo á Borneo y las Molucas, y por el cabo de Buena Esperanza regresó al puerto de Ingla-

<sup>1</sup> Consta por declaraciones conformes prestadas ante las autoridades de Nueva España por el capitán Alzola y por el pasajero Antonio de Sierra. *Colección Navarrete*, t. xxvi, números 31 y 32. Fr. Gaspar de San Agustín retrasa el viaje de la nao *Santa Ana* al año 1588 en su *Historia de la conquista de las islas Filipinas*, y consigna que el capitán Alzola murió en el combate. La declaración de Tomé Hernández, el español que Cavendish recogió en el estrecho de Magallanes, publicada por apéndice de los viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa, da mucha luz relativamente á la primera parte del viaje.



terra al cabo de dos años y menos de dos meses, entrando con las velas forradas de seda, los marineros vestidos de damasco, los palos y vergas empavesados.

Cavendish escribió relaciones de la jornada, destinadas al Almirante de Inglaterra y al público, contando en las primeras «haber rodeado el globo del mundo, trayendo inteligencia cierta de todos los lugares que fuesen sabidos por algún cristiano»; diciendo en alguna de las otras que había reñido combate sangriento con el *Almirante de la mar del Sur*, y tomado la nave más rica que jamás pasó aquel mar, como que valía el cargamento tres millones y medio, por mercaderías que no cabían en su bajel y que tuvo que destruir en mayor parte. De una de aquellas relaciones, la que puede considerarse oficial, se proporcionó copia el Duque de Parma y la remitió al Rey desde Bruselas con fecha 29 de Noviembre de 1588 <sup>1</sup>; otras se imprimieron <sup>2</sup>, y con el rumor del vulgo envió suplementos el embajador D. Bernardino de Mendoza, escribiendo á D. Felipe <sup>3</sup>: «A los 5 de Diciembre, el capitán Candis, nuevamente venido del Perú, dió á comer á la Reina en su navío, donde hizo bravadas más de lo que podría decir; la cámara donde comió la Reina era tapizada de tela de oro y plata..... Sin duda debe de haber traído grande riqueza; los marineros traían cada uno una cadena de oro al cuello; las velas eran de damasco azul, y los estandartes de tela de oro y seda turquina, maravillosamente ricos. Parecía que Cleopatra estaba resuscitada; no faltaba sino que el cordaje fuese de seda..... Entre otros propósitos que tuvo la Reina, dijo: «El Rey de España bravea mucho, pero no muere. No se nos da nada....., aquí vienen navíos de las Indias cargados de oro y plata.»

No he logrado averiguar cuántos hombres trajo consigo el

<sup>1</sup> Guárdase en el Archivo de Simancas, con signatura, Estado *Flandes*, Leg. 594, folio 151.

<sup>2</sup> *The prosperous Voyage of M. Candish, Esq. etc. First volume of Navigantium et Itinerantium Bibliotheca*, lib. 1, cap. v.

<sup>3</sup> Carta de 7 de Diciembre de 1588. París, Archivo Nacional, K. 1569, B. 62, pieza 6.



circunnavegante de los 123 que salieron de Inglaterra, mas no debían de ser muchos, restados los tripulantes de la nave que desapareció, los que por enfermedades fallecieron en los dos años largos de campaña, y los que perdió en encuentros, que ascendían por nuestras listas á 58.

